



(Icono en el Museo de Poblet)

**Carta de Navidad 2021
del Abad General OCist**

Caminamos, Señor a la luz de tu rostro

Queridos hermanos y hermanas:

Hemos entrado ya en el Adviento, preparándonos con toda la Iglesia para acoger el don de la venida del Hijo de Dios, la gran alegría, el consuelo infinito, la liberación y la redención del mundo entero. Cristo viene y está siempre presente en todas las contingencias de la historia del mundo, así como en la historia de nuestras comunidades y de nuestras vidas. Es hermoso leer en el Evangelio de Lucas cómo el acontecimiento del nacimiento de Cristo entra en la totalidad de la historia humana, la que incluye tanto al emperador César Augusto en la capital del mundo, Roma, como a un joven matrimonio, José y María, habitantes de una pequeña, pobre y desconocida aldea de Galilea. También hoy, Cristo entra en la historia actual del mundo y de nuestras vidas, una historia marcada por la pandemia y tantos otros problemas.

Esta conciencia de fe debe hacernos mirar continuamente a Jesús para que la luz de su rostro venga a iluminar también la historia de nuestras vidas, de nuestras comunidades y del mundo entero.

¿Quién puede salvarse?

¿Cómo ocurre esto?

Desde hace dos meses me acompaña un descubrimiento que hice meditando con nuestras hermanas de Santa Susanna en Roma el episodio del joven rico del Evangelio según San Marcos (10,17-27). Sabemos que, en esta versión, cuando el joven expresa su deseo de vida eterna que ni siquiera la observancia de todos los mandamientos ha satisfecho, Jesús acompaña la llamada a dejarlo todo para seguirle con una mirada de amor: "Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme»". (Mc 10,21)

El joven se va triste, porque su deseo de vida eterna es, por así decirlo, absorbido por el apego a sus riquezas. Sí, en efecto, es una elección triste y terrible rechazar

una invitación en la que Jesús puso todo su amor, como si hubiera dicho al joven: “¡Eres precioso ante mí, de gran precio, y yo te amo!” (Isaías 43:4)

Mientras el hombre se aleja, Jesús comienza a hablar del grave peligro que puede suponer para nosotros el apego a las riquezas de la tierra, y sus palabras despiertan la preocupación de sus discípulos: “Jesús miró a su alrededor y dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios». Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?»” (Mc 10,23-26).

Este es el verdadero problema, este es el reto que debería inquietarnos a todos: ¿Quién se salva? ¿Cómo podemos salvarnos? ¿Qué nos salva la vida? Con esta pregunta debemos vivir todas las circunstancias y afrontar toda la vida.

La mirada que nos abre a lo imposible

¿Cómo responde el Señor a esta inquieta pregunta? No se limita a las palabras: responde ante todo con una mirada. “Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.»” (Mc 10,27)

Entre nuestro miedo a no poder salvarnos, porque nos sentimos incapaces de convertirnos de nuestros ídolos, y la gracia de la salvación, Jesús nos da a acoger su presencia que nos mira con amor. Jesús, después de la partida del hombre rico al que había mirado con particular amor, ciertamente miró a los discípulos con el mismo amor, con la misma amistad. Jesús no podía mirar a nadie sin amor, sin misericordia, sin ternura, incluso cuando miraba con severidad a los que se acercaban a él con hipocresía. Cristo mira siempre al hombre con amor, porque es Dios, y Dios es amor. La mirada del Señor expresa el amor infinito de su corazón.

Dios sabe que no somos capaces de convertirnos por nosotros mismos, y por eso envía a su Hijo para que esté tan presente en nuestras vidas que nos mire a cada uno con un amor infinito, ese amor que la vida de Cristo expresa sin reservas, desde el pesebre de Belén hasta su muerte en la cruz. Sí, *todo es posible para Dios*, especialmente el darnos la salvación que es imposible para nosotros. Dios no nos impone la salvación, sino que nos la ofrece tan gratuitamente que sólo nos pide una cosa a cambio: que aceptemos su mirada de amor sobre nosotros, que permitamos un intercambio de miradas y de amor con él, una comunión de corazones que es imposible para el hombre, pero que el Señor hace posible porque nos ama infinitamente.

Aceptar la mirada amorosa de Cristo sobre nosotros es el secreto desvelado de lo que permite al Señor darnos lo imposible, la imposible conversión, la imposible salvación, el imposible desprendimiento de nosotros mismos y de lo que poseemos, para ser libres de seguir a Jesús, es decir, de hacer un camino con él, dando nuestra vida a los pobres y testimoniando la alegría del Evangelio.

Muchos salmos también aman cantar este misterio cuando contemplan la luz del rostro del Señor. Como el Salmo 79, que repite como estribillo esta invocación esencial: “¡Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve!” (Sal 79,4.8.20). La esencia del cristianismo está toda en este acontecimiento de una salvación imposible para el hombre, que se convierte en experiencia cuando la luz del rostro de Cristo, de su presencia que nos mira con amor, se enciende en nuestra vida, incluso cuando estamos en el fondo de un abismo de oscuridad.

La contemplación mística a la que todos estamos llamados no consiste en tener quién sabe qué visiones sobrenaturales, sino en darse cuenta de que el rostro bueno del Señor nos mira ahora, sin juicios, sin condenas, sin exigencias que superen nuestras fuerzas. Basta con mirar a sus ojos para darse cuenta de que Cristo sólo desea encender en nuestra vida y en nuestro corazón la luz de su amistad que nos salva, que salva todo lo que somos y vivimos. Si el joven rico se hubiera detenido a contemplar esa mirada, si hubiera permanecido expuesto a esa luz, poderosa y dulce a la vez, habría comprendido que no era tanto el esfuerzo sobrehumano de dejarlo todo lo que se le pedía, sino la humildad de recibirlo todo en la gracia de permanecer siempre con Jesús. Todas sus posesiones desaparecerían del campo de visión de su corazón; ya no podría darles un valor mayor que la experiencia que tuvo con Jesús; ya no podría preferir nada a Cristo (cf. RB 72,11).

Caminando a la luz de su rostro

Pero para experimentar esto sabemos que tenemos que hacer un camino. Muchas veces nosotros también nos encontramos en la situación del joven rico. Muchas veces experimentamos que somos amados por el Señor, que nos sentimos llamados a una libertad infinita, que somos invitados a dar toda nuestra vida, o incluso sólo lo que tenemos en nuestras manos, y sin embargo nos alejamos tristes. No permitimos que Dios nos dé lo imposible. Pero la misericordia del Padre siempre nos ofrece una nueva oportunidad de salvación, siempre nos llama a seguir al Hijo libre y alegremente por el camino de la vida. Nos lo propone de nuevo repitiendo la oferta de su mirada amorosa, de la luz de su rostro. De mil maneras, a través de las experiencias, los encuentros, las circunstancias y las palabras, Dios renueva la gracia de ofrecernos una relación con Jesús que nos permita recorrer un camino nuevo, que haga nuevo el recorrido diario de nuestra vida. Quizá nada deba cambiar por fuera, pero si el corazón cambia, si el corazón se deja iluminar por la mirada amorosa de Cristo, todo se vuelve nuevo, incluso el camino que siempre hemos recorrido y que nos parece gris y monótono.

Es la experiencia pascual de los discípulos de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (Lc 24,32). Pero fue también, muchos años antes, la experiencia de los pobres pastores de Belén, o de los Magos, pero sobre todo de la Virgen María cuando se puso en camino hacia la montaña para servir a Isabel y cantó: “El Señor... ha mirado la humildad de su esclava” (Lc 1,48).

Caminar con alegría tras las huellas de Jesucristo es nuestra salvación, esa salvación “imposible para los hombres” que la mirada amorosa de Jesús hace posible. La vida

eterna que Cristo ofreció al joven rico no fue la de encontrarse inmediatamente en el Paraíso como el ladrón arrepentido, sino la de poder seguirle, caminar con él y con los discípulos que ya estaban con él. Nuestra salvación es que nuestra vida se convierta cada vez más en un viaje con el Salvador, un viaje cuya única energía es la presencia misma de Jesús que nos mira y nos ama.

Caminar juntos

Es ante todo esto lo que debemos pensar cuando el Papa Francisco nos pide que profundicemos en toda la Iglesia el carácter sinodal de la experiencia cristiana, como un “caminar juntos” en la escucha mutua. En un tiempo tan desorientado, es esencial que la Iglesia viva y dé testimonio de su naturaleza de pueblo de Dios que a lo largo de la historia sigue a Cristo –Camino, Verdad y Vida– que, como muy bien expresa san Benito al final de la Regla, quiere “conducirnos a todos juntos a la vida eterna” (RB 72,12), es decir, precisamente a esa plenitud de vida imposible para los hombres que el joven rico pidió a Jesús y hacia la que Jesús vino a conducirnos atrayéndonos hacia sí con la luz de su rostro.

Comprendemos entonces que difícilmente podremos hacer este camino juntos si no partimos de la mirada de Cristo. Si el joven rico hubiera seguido la luz del rostro de Jesús, se habría encontrado inmediatamente caminando en su estela junto a un pueblo de discípulos cada vez más numeroso, el nuevo pueblo que es la Iglesia. Pero incluso los discípulos que ya estaban con Jesús, que ya lo habían dejado todo para seguirle, tenían y tendrán siempre necesidad de volver a mirar al Señor que les mira con amor para no quedarse “discutiendo entre ellos”, preguntándose sin esperanza: “Entonces, ¿quién puede salvarse?” (Mc 10,26).

Una sinodalidad que no se apoya en la presencia amorosa de Cristo pierde pronto la esperanza y no permite avanzar. Si no la vivimos expuestos a la luz de su Rostro, empezamos a empantanarnos en los límites de nuestras posibilidades, cuando en realidad el camino de la Iglesia es el camino imposible para los hombres que Dios hace posible, hace realidad, la experiencia pascual de la victoria sobre el pecado y la muerte. Cuando discutimos sólo entre nosotros, sin exponernos con humildad y adoración a la mirada amorosa de Jesús, nuestro rostro se oscurece de tristeza, como el del joven rico que se marcha (Mc 10,22) o el de los discípulos de Emaús (Lc 24,17). Nuestros rostros, nuestro testimonio, se vuelven oscuros, no dan luz al mundo, porque nos olvidamos de dejar que prevalezca la mirada de amor de Jesús sobre nosotros y sobre los demás, la mirada de Jesús sobre el mundo y la historia.

Una mirada de comunión

Como lo expresa el Salmo 88: “Dichoso el pueblo que sabe aclamarte: caminará, oh Señor, a la luz de tu rostro” (Sal 88,16).

Sin luz no caminamos. La luz del mundo no viene del mundo, sino que es Cristo quien ama al mundo y quiere salvarlo. Dios nos ha elegido para dar testimonio de esta luz, de este amor que vence a las tinieblas y salva a la humanidad. Nuestra responsabilidad como discípulos del Señor, especialmente como monjes y monjas,

es ser los primeros en estar expuestos a la luz del rostro de Cristo, para que todos aquellos con los que nos encontremos sean llevados a alzar sus ojos hacia él y se den cuenta del amor con el que Dios los está mirando desde toda la eternidad.

Sólo la luz del rostro de Cristo crea fraternidad. Cuando nos damos cuenta de la mirada amorosa de Jesús sobre nosotros personalmente, descubrimos inmediatamente que ésta es la mirada con la que Dios mira a cada hombre, a cada corazón, a cada vida. En el episodio del joven rico, entre la mirada dirigida a él y la mirada a los discípulos, Marcos menciona también una mirada circular del Señor: “Jesús miró a su alrededor y dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!»” (Mc 10,23). Es como si Jesús quisiera mostrar a sus discípulos la mirada amorosa con la que el buen pastor recorre el mundo entero en busca de cada oveja perdida que quiere devolver al redil, al reino de Dios Padre. Nada nos une tanto a la humanidad entera, a cada uno de los corazones, como la experiencia de que el amor con el que Jesús nos mira quiere abrazar a todos, busca el rostro de todos. Como cuando miró al joven rico, Cristo no deja de atraernos para que entremos en su pasión por la salvación de todo hombre. Es más, si queremos estar en comunión con los hermanos de nuestra comunidad, o de nuestra familia, si queremos hacer un camino juntos entre nosotros, la condición no es nuestra buena voluntad, sino que nos entreguemos al amor con el que el Señor nos mira, personalmente, en cada momento y circunstancia.

La primera sonrisa del Niño

Mientras nos preparamos juntos para el Capítulo General, y urgidos por la Iglesia a dar nuestra contribución específica al camino sinodal puesto en marcha por el Santo Padre, me gustaría que partiéramos del punto de partida de todo camino conjunto de los discípulos de Jesucristo: la luz de su mirada que nos llama con amor a seguirle. Si no partimos siempre de ahí, será imposible hacer un camino de conversión a la vida nueva que el Señor nos regala. Al contrario, la luz de su rostro permite a Dios hacer “grandes cosas” (Lc 1,49), hacer cosas imposibles en nosotros, entre nosotros y en el mundo. Sólo tenemos que rendirnos a su amor.

La inminencia de la Navidad me hace pensar en lo que debió significar para María y José la primera sonrisa del Niño Jesús, es decir, la primera vez que Jesús les miró con amor, con gratitud, con alegría. En ese instante María y José vieron la luz que ilumina el mundo y lo salva.

También nosotros estamos llamados a tener constantemente esta experiencia. Sólo así la Navidad llega a ser. ¡Este es el deseo navideño que os hago desde mi corazón en mi pobre pero constante oración por vosotros y encomendándome a la vuestra!



Fr. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist